

EL LATINOAMERICANISTA JUAN F. NOYOLA VAZQUEZ

Pedro VUSKOVIC

Juan

Recordar hoy a Juan Noyola es más que reiterar el merecido homenaje a la memoria de un hombre, de un luchador, de un compañero. Es, también, actualizar un símbolo, recorrer de nuevo una enseñanza.

Por lo mucho que hubo de enseñanza y de símbolo en la vida y en la muerte de Juan.

Sin que se lo hubiera propuesto, o buscado. Por el contrario: en su condición esencial de modestia, él mismo no aceptaría sobre sí otro juicio que el de haber cumplido.

Pero es que supo cumplir. Y tan cabalmente, que al evocar su memoria tenemos que superponer las imágenes simultáneas del intelectual y el militante revolucionario. Del que siempre, permanentemente, enseña y aprende. Del que en lealtad al compromiso social que asume voluntariamente y constituye en irrenunciable, vive a su patria mexicana en su dimensión propia y en la dimensión mayor de la patria latinoamericana: porque Juan Noyola, en lo que fue su existencia de apenas cuarenta años, nació en tierra de México, vivió periodos de ella en Chile y otros países, murió en suelo del Perú y fue sepultado en territorio ya libre de Cuba. Acumulando tales méritos, que este economista de profesión y vocación recibe entonces los honores de Comandante muerto en campaña, y el privilegio de la ciudadanía cubana para que se sume, en la memoria que le debemos, a su condición honrosa de ciudadano mexicano.

Dieciséis años después de su muerte, están acrecentados y vivos los rasgos que se proyectan con el valor de los grandes símbolos.

Hay que hablar de ellos.

Más aún en esta hora de América Latina.

porque los comerciantes, los empresarios en general [...] siempre llevan la ventaja. De hecho en una inflación lo que está ocurriendo es además una redistribución de los ingresos: la pérdida de un sector significa la ganancia de otro, la pérdida de salarios reales de los trabajadores significa aumento de las ganancias de los empresario. Esa es la característica más negativa y más nociva del proceso de inflación.

La ética consecuente

Pues bien: si hay enseñanza en lo que Juan piensa y escribe, no es menor la enseñanza que representa su conducta misma, su ética humana y profesional.

Lejos de toda soberbia o petulancia; al contrario, su mensaje personal es siempre de modestia, de permanente disposición a revizarse a sí mismo para rectificar errores e incorporar nuevos aprendizajes. Rasgo muy suyo que surge siempre espontáneo, como en aquella conferencia pública en La Habana, en 1960, cuando confiesa:

Hace más o menos diez meses [...se realizó] un curso en el cual yo tuve la fortuna de tener a mi cargo la parte relativa a los problemas del desarrollo económico de Cuba [...] si bien algunas de las ideas que se discutieron en aquella ocasión aún tienen validez, si yo tuviera que volver a dar ese curso [...] lo haría en una forma enteramente distinta [...].

Fue portador de una ética que no reconoció límites en consideración alguna de conveniencia personal. Como funcionario internacional, va a Cuba muy poco después del triunfo revolucionario, para servir al pueblo cubano. Con un compromiso de lealtad que lo lleva más tarde a escribir a Raúl Prebisch:

[...] la incomprensión de lo que es la Revolución Cubana [...] los intereses que se mueven contra ella influyen en el seno de la Secretaría de las Naciones Unidas [...] como resultado de esas influencias y esas presiones, el Secretario General de las Naciones Unidas ha decidido terminar la misión [...] En tales circunstancias, creo que no tengo otra alternativa que la de presentarle la renuncia irrevocable a mi puesto en la CEPAL [...].

Así pone término a su adscripción de diez años al organismo internacional que en lo personal podía ofrecerle las condiciones más

ventajosas. Y se consagra por entero al proceso de la reconstrucción socialista de Cuba.

La condición latinoamericana

En esta hora de América Latina, hay que actualizar también y redoblar la fuerza de los símbolos de unidad y de solidaridad en las luchas latinoamericanas. Porque la identificación de nuestras luchas en una sola y misma lucha no sólo la alimentan nuestras tradiciones y vocaciones históricas: hoy día, la reclaman y la unifican aún más las necesidades apremiantes de enfrentar los designios avasallantes del imperio y la mancha negra del fascismo extendida sobre el mapa de nuestro subcontinente.

Y por lo mismo, hay que aprender de quienes supieron actuar en condición de latinoamericanos; en los periodos más remotos y en los más próximos. Juan fue uno de ellos, junto a quien encarnara la expresión máxima de esa condición latinoamericana: el Comandante Ernesto Guevara.

En cada decisión, en cada acto, se advierte ese sentido esencial latinoamericano que inspiró la vida de Juan Noyola. Con razón pudo escribir a Prebisch, cuando renunciaba a la CEPAL en octubre de 1960:

Todo lo que he hecho y lo que he dicho ha estado regido por el espíritu de servir a los pueblos de América Latina en su lucha por alcanzar su bienestar material y espiritual [...] He entendido [...] que la mejor forma de servir a México es sirviendo a Latinoamérica [...].

Cultivó y defendió esa vocación latinoamericana a lo largo de toda su vida profesional, hasta culminar con la entrega definitiva al trabajo por la Revolución Cubana. Y aun entonces, cuando piensa en Cuba, cuando trabaja por Cuba, reafirma su condición de mexicano y de latinoamericano, piensa en México y en América Latina, en lo que la revolución cubana puede aportar a su destino.

Así lo expresa en Cuba misma, cuando a fines de 1959 —recuérdese la fecha: recién a fines de 1959— inaugura un curso sobre desarrollo económico con las siguientes palabras:

[...] soy uno de los muchos millones de latinoamericanos que pensamos que la Revolución Cubana es un patrimonio común de todos nosotros [...] de lo que vaya a resultar de aquí, va a depender el futuro no sólo de este país, sino de todo este con-

tinente [...] todos los latinoamericanos que deseen el progreso de sus países, que deseen el desarrollo económico, que deseen la justicia social, tienen que sentir como una cosa propia y personal la Revolución Cubana [...].

Y así lo reitera unos meses después cuando concurre invitado a la Escuela Nacional de Economía de la Universidad Nacional Autónoma de México:

[...] la Revolución Cubana es el patrimonio más valioso, máspreciado, que tienen los pueblos de América Latina [...] todos los latinoamericanos que deseemos el progreso de nuestros países, que deseemos el mejoramiento de las condiciones materiales y culturales de vida de nuestros pueblos, estamos obligados a defender ese patrimonio [...].

Lo defiende él mismo; entendiéndolo así, como patrimonio común. Y por eso, el conocimiento íntimo que llega a tener de la economía cubana y de la herencia que dejaban largos años de dominación y explotación, le sirve también para penetrar con agudeza en los problemas generales de la dependencia y de la dominación imperialista como factor fundamental de subdesarrollo. Y va aún más lejos cuando de modo objetivo, no dogmático, advierte, aprendiendo de la experiencia de Cuba, sobre el carácter de la tarea que queda planteada necesariamente a un país dependiente desde el momento mismo en que toma su decisión definitiva de liberación.

Juan no pudo conocer la evolución posterior, la dimensión histórica que habían de alcanzar aquellas transformaciones en las que Cuba plasmaba su transformación socialista. Muere prematuramente, sirviendo a Cuba. Y en las circunstancias de su muerte hay todavía un símbolo más de su condición latinoamericana: porque con él mueren también otros compañeros de América Latina, entre ellos el joven chileno Rodrigo Cabello.

El compromiso heredado

Así fue este compañero, este luchador, este hombre que se llamó Juan Noyola y a cuya memoria rendimos hoy nuestro homenaje.

Y porque fue así, recordarlo supone para nosotros mismos la condición y el desafío de nuestro propio compromiso. En una hora de nuestros países acaso más dura y más difícil que la que vivió Juan.

Porque la opción no es ahora entre la revolución socialista, de un lado, y de otro las fórmulas engañosas de la Alianza para el Progreso, el reformismo y la democracia burguesa; ahora lo es entre la revolución socialista, como único camino de liberación nacional y social, y la dictadura fascista, como requisito para el avasallamiento de las entidades nacionales y para radicar en la superexplotación de los trabajadores de nuestros países nuevas fuentes de la acumulación capitalista.

Es ahora, cuando el programa gigantesco de la contra-insurgencia imperialista ha aprendido y enseñado a ahogar en sangre lo que han sido expresiones principales de la lucha popular revolucionaria.

Es ahora, cuando se hace más manifiesta la escala continental del proyecto imperialista, y cuando aprendemos en la realidad de la lucha y el destierro todo el valor de la fraternidad latinoamericana.

Es ahora, cuando la ideología perturbadora y los dineros corruptores de la socialdemocracia alemana buscan confundir a los revolucionarios latinoamericanos, debilitar su voluntad de lucha, doblegar su aspiración socialista como demanda históricamente próxima.

Es precisamente ahora, y por esas mismas razones, que se necesita más que nunca recoger la herencia dejada por hombres como Juan Noyola: su clarividencia, su capacidad técnica y política, su disposición de entrega a la causa justa; y por sobre todo, su condición latinoamericana y su voluntad de lucha sin descanso ni límite.

Le debemos también la cuota de contribución que entregó a la conformación y defensa de lo que él mismo llamó nuestro patrimonio común: Cuba revolucionaria y socialista. Notable anticipación la que hizo en aquella ocasión de 1959 sobre lo que Cuba llegaría a representar para todos los pueblos latinoamericanos; y quizás, también, intuición de lo próximo que estaba él mismo a entregarle su vida.

Con lo cual, Juan Noyola se constituye igualmente en símbolo de esa relación peculiar y fundamental, de compromiso recíproco implícito pero insoslayable, entre el pueblo cubano y los demás pueblos de América Latina, entre la Revolución Cubana ya hecha y la revolución latinoamericana por hacerse. Por lo mucho que los demás latinoamericanos debemos a la Revolución Cubana, por lo que ésta ha representado y seguirá representando para cada uno de nosotros; y también, con la condición igual de compromiso, por lo que la revolución Cubana debe a otros pueblos de América Latina y a hombres que salieron de ellos, como Juan.